



JODI ELLEN
MALPAS

ATRACCIÓN SIN REGLAS

— EL REGRESO —



Volumen 3

Jodi Ellen Malpas

El regreso

Atracción sin reglas, 3

Traducción de Milo J. Krmpotić



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jodi Ellen Malpas, 2022

© por la traducción, Milo J. Krmpotić, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2024

Depósito legal: B. 11.532-2024

ISBN: 978-84-08-29003-2

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

DANNY

Santa Lucía, en la actualidad

No sé por qué sonrío. He descubierto hace poco que alguien quiere asesinarme, y es todo un logro, porque se supone que ya estoy muerto. Pero se trata de este lugar. Del sonido del mar. Del aire salobre. De esas aguas de color turquesa que se extienden hasta donde alcanza la vista.

Y también al hecho de que mi esposa, bella y salvaje, esté esperando que vuelva a casa después del viaje a Miami. Un viaje que se negó a aceptar; el viaje por el que me amenazó con pedir los papeles de divorcio. Sabe lo que pasaría si llegara a atreverse. Le meteré los papeles por el culo al abogado que venga a dárme los, y detrás irá también una escopeta para hacerlos pedazos.

Cierro la puerta del Escalade y contemplo nuestra mansión mientras saco un cigarrillo y lo enciendo. He fumado más en los últimos tres días que en los últimos tres años. Es lo que tiene descubrir que te han hecho resucitar. Doy una calada larga y exhalo el humo poco a poco, pensativo.

—Es hora de enfrentarse a las consecuencias, Danny —digo en voz baja, colgándome la bolsa de viaje del hombro, antes de recorrer el camino.

No entro por la puerta principal, me desvío hacia la parte trasera y dejo la bolsa en la terraza. Sacudo las piernas para quitarme los zapatos y sigo el sendero hasta la playa hasta detenerme en lo alto de una duna cuando la veo parada en la orilla, contemplando el mar. Incluso desde aquí puedo oír sus pensamientos, sus preocupaciones. Se envuelve el vientre con los brazos en un gesto de protección, su cabello largo se ondea con la brisa, su cuerpo bronceado resplandece bajo el sol abrasador. Gimo por lo bajo y echo los hombros hacia atrás. Me abrumba la necesidad de hacer lo que mejor se nos da: follar. Y vamos a follar, pero justo después de que la haya tranquilizado.

Uno de nuestros empleados aparece y rodea la piscina con una manguera enrollada alrededor del brazo.

—Señor Black —dice, asintiendo con la cabeza en señal de respeto—, bienvenido a casa.

—Gracias, Keith. —Vuelvo la mirada hacia Rose, en la orilla, y me preparo para el reencuentro, que va a ser tan eléctrico como peligroso—. ¿Cómo ha estado la señora?

—Callada, señor Black.

Asiento con la cabeza; no me cuenta nada que no supiera ya. Callada, sí. Lo sé porque ha ignorado todas mis putas llamadas y se ha negado a contestar a mis mensajes de texto. Tuve que recurrir al ama de llaves para saber cómo estaba, para asegurarme de que mi esposa estuviera viva y no me hubiera abandonado. Entiendo que esté cabreada conmigo, pero ya ha dejado clara su opinión. Ahora yo estoy a punto de darle la mía.

Obligo a mis pies a avanzar, le doy una última calada al cigarrillo y la lanzo por el aire sin apartar la vista en ningún momento de Rose. Identifico el momento en que percibe mi presencia, porque levanta los hombros y endereza la espalda. Pero no se da la vuelta para darme la bienvenida con los brazos abiertos.

No se echa sobre mí, no corre a devorarme, no me dice que da gracias porque haya vuelto de una pieza. «Vivo.» Es un témpano de hielo. Adelante. No tardaré en extraerle algún sonido.

—Me recuerdas a una persona que conocía —le digo en un susurro, mientras levanto la mano para tirar del nudo de la parte superior de su bikini, que se deshace. Los extremos de la tira caen bajo sus brazos.

—No hagas eso —dice mirando al agua, sin mover los brazos, manteniendo la tela pegada al cuerpo.

Avanzo, dejo descansar mi boca sobre su hombro, saboreo la sal mezclada con su fragancia habitual. Ha estado nadando en el mar, arriba y abajo, pasando el rato. Pero yo ya he vuelto y no me iría mal que me apreciaran un poco para distraerme de la tormenta de mierda que se está gestando en Miami.

La rodeo con los brazos, le cojo las muñecas y tiro de ellas para apartárselas del cuerpo. Noto que se resiste, desafiante. Le pego la boca al oído.

—No quiero pelearme.

—Entonces no deberías haberte ido.

—¿Me quieres muerto?

—No, esa es la puta cuestión. —Se sacude, se retuerce para escapar a mi abrazo—. No deberías haberte ido.

—¿Entonces sí quieres pelea? —le pregunto, mirando el cielo azul y claro—. Pues venga, nena. Acabemos con esto, así podré follarme a mi esposa de manera brutal. —Eso ha sido lo más difícil de estar lejos. Ni las amenazas de muerte. Ni la aparición del asesino «el Enigma», o mejor dicho James Kelly, ahora que le conozco. Ni siquiera los jodidos asesinatos que han tenido lugar. Simplemente he echado de menos a Rose. Pero ahora se está haciendo la difícil. La cantidad de rechazo que un hombre puede soportar tiene un límite. Me está provocando adrede y sabe cómo acabará esta situación.

Ella se gira, descruza los brazos y, como resultado, la parte de arriba del bikini cae a la arena. Alzo una ceja, poso la mirada

en sus pechos y me imagino todas las cosas que planeo hacer con ellos.

—No... —dice por lo bajo.

Elevo veloz la mirada.

—¿Qué?

—He dicho que no —dice, remarcando sus palabras, reiterando el golpe bajo—. No, Danny. No, no, no, no...

Me enfurezco, avanzo y le cojo la mandíbula, pego mi rostro amenazador al suyo. Por supuesto, ella no se altera en lo más mínimo. Mi guerrera, tan resuelta como siempre.

—El día antes de que me casara contigo te comprometiste a no sacar a relucir nunca esa palabra en situaciones como esta.

Ella pega la frente a la mía, sus ojos proyectan rayos láser de rabia. Me coge la mano con la que le sujetaba la cara y la aparta de golpe.

—Y tú prometiste que no me dejarías nunca. —Se vuelve y se aleja pisando fuerte. Como soy un idiota, le cojo de la muñeca, lo que le da la excusa perfecta para girarse. Y vaya si se gira.

Su puño impacta con fuerza contra mi cara, hace que retroceda algunos pasos mientras las estrellas se dibujan ante mis ojos.

—Mierda... —farfullo, tocándome la nariz, que dejó de ser recta desde que conocí a esta mujer. Dios...

Me seco la sangre y la dejo en su sitio con una mirada furibunda.

—Eso ha dolido, joder.

—Me alegro —sisea Rose, pero me doy cuenta de que ella también se ha sorprendido y ya se está preparando para mi contraataque.

Vamos a jugar.

Cargo contra ella, la tiro sobre la arena y la inmovilizo.

—Bésame de una puta vez, mujer.

—No.

—Hazlo, Rose —le advierto—. Hazlo ahora o te juro por Dios que...

—¿Qué me vas a hacer? —pregunta, alzando el torso y pegándome sus pechos desnudos a los pectorales—. ¿Matarme?

¿Matarla? Oh, la mataría. Con gusto, joder. Jadeo y resoplo encima de ella, detesto su mirada provocadora, pero a la vez me encanta. Como he dicho, eléctrica y peligrosa. Le gruño, froto la cara contra sus pechos y extiendo por ellos la sangre que mana de mi nariz. Ella arquea la espalda.

—No —repite.

Gruño y me levanto, tiro de ella para que haga lo mismo.

—En marcha —le ordeno, haciendo que se gire para cogerla de la nuca y empujarla hacia la mansión. Lo que está a punto de pasar no debería suceder fuera de las paredes de nuestra villa.

—Hostia puta, Danny, suéltame —dice entre dientes, revolviéndose, echando las manos hacia atrás para intentar apartarme los dedos.

—Cállate, Rose. —Me limpio la nariz, que me palpita—. Querías pelea, pues tienes pelea. —Cuando la llevo hacia la casa a la fuerza nos cruzamos con Keith, que ni se inmuta—. Entra.

La empujo y cierro de un portazo, preparándome para lo que sé que va a suceder. Siempre he dejado que pagara sus frustraciones conmigo. Ha sido así desde el primer día, y así seguirá siendo. Le he dicho una y otra vez que la única persona de este mundo que debería poder hacerle daño soy yo, aunque siempre dejaré que se defienda, que me lo dé todo, porque el tiempo en que la controlaban ha quedado muy atrás y yo sería un puto gilipollas si pensara que puedo hacer que me obedezca. No volverá nunca a tener la espalda contra la pared.

A menos que yo la ponga así cuando voy a follarla.

Ella se gira, sus ojos de color azul se oscurecen, amenazadores, y me provocan como siempre una sacudida en la polla.

—Dilo otra vez, Rose —le ordeno, rondándola, con un hormigueo en la cicatriz—. Vuelve a rechazarme.

Llevada por la frustración, ella contesta con otro golpe.

Atrapo su puño, lo envuelvo con la palma de la mano y lo obligo a bajar.

—Te odio, joder —sisea, y acto seguido se me echa encima, da el primer paso, se propulsa hacia arriba y estampa su boca contra la mía.

Le sujeto ambas muñecas con una sola mano y uso la otra para arrancarle la parte de abajo del bikini. La llevo hacia la pared y estampo su cuerpo con fuerza contra ella. El beso se vuelve frenético. Nuestros dientes chocan, nuestras lenguas se pelean. Sí, echaba de menos esto. A nosotros. Le levanto los brazos por encima de la cabeza y dejo caer la mano libre hacia la cima de sus muslos hasta que le meto tres dedos sin compasión. Está rabiosa y caliente. Es lo habitual.

—Húmeda de la hostia por mí. —Desplazo la boca por su cara, me centro en su cuello, se lo chupo con fuerza, dejándole marca. Ella gime, en parte de placer y en parte de frustración mientras sigo hasta su pecho y le muerdo los pezones, antes de hacer un amplio movimiento circular con los dedos—. Dime que no ahora, nena —le ordeno—. Atrévete.

Ella gimotea, afligida, y yo sonrío, arrepentido. Retiro los dedos y los hundo con fuerza. Es consciente de que una negativa, ahora, hará que me detenga. No me pedirá que pare. Vuelvo a su cara, pego mi frente a la suya con una fuerza que ella replica. La miro a los ojos. Mis dedos, dentro, la masajean, mientras que los que sujetan sus muñecas se agarran fuerte.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto, pasando las yemas con suavidad alrededor de su clítoris.

Arquea el cuerpo con sutileza y exhala un aliento tembloroso.

—Fóllame, Danny —exige, y yo sonrío. Quiere expulsar la rabia. Para eso he venido.

Retiro mi mano y le doy la vuelta, le pego la cara contra el yeso, la cojo por el cuello y acerco mi rostro al suyo mientras me tiro de los pantalones para abrirlos. Su mejilla se aplasta contra la pared mientras jadea y sus ojos rezuman deseo. Me cojo la

polla, la guío hacia ella y, con el primer asomo de contacto, me ahogo. Rose parpadea con lentitud, saca la lengua y me lame parte de la sangre de la cara.

Gimo, me hundo en ella, que acoge cada centímetro con facilidad hasta que la lleno por completo. Inspiro y, joder, me tiemblan las piernas en una sacudida.

—Aparta la cabeza de la pared —le ordeno, dejándole espacio para que pueda apoyar las manos contra la pintura.

La cojo por las caderas, me giro y veo la polla salir de ella, resplandeciente, embadurnada con su placer.

—Joder —digo por lo bajo, echando la cabeza hacia atrás, y separo las piernas.

Gruño al lanzarme hacia delante y la empotro sin piedad. Ella lo acepta como una profesional. Lo hace siempre, gimiendo y echando el culo hacia atrás, incitándome.

—Sí —dice Rose, y es lo único que quiero. La palabra clave. Lanzo mi ataque y la penetro sin parar, una y otra vez, golpe tras golpe, y ella grita de placer, sale al encuentro de mis embesitadas—. Más duro —chilla.

Obtiene lo que desea. Pierdo el control de las caderas, el placer se apodera de todo mi cuerpo, gruño con la voz ronca, a un volumen alto, y veo borroso.

—¿Te gusta? —grito mientras sigo dándole—. ¿Te gusta, nena?

—¡Sí! —Golpea el puño contra la pared varias veces con la cabeza hacia atrás—. ¡Danny!

Sus paredes internas me exprimen con codicia y se me sube la sangre a la cabeza. Vamos a correr. La urgencia se apodera de mí mientras empujo, empapado, para llevarnos al límite. Grito su nombre, me caigo hacia delante sin control y disparo mi carga, sofocado.

—Hostia puta —digo, tosiendo, sacudiéndome para dejar de ver las estrellas, y me desplomo al frente. Sus gritos ahogados se entrecortan, su cuerpo jadea, y yo estoy ahí, a su lado.

—No me digas que vas a regresar a Miami —dice sin aliento. Cierro los ojos, vuelvo la cara hacia ella y le beso la mejilla húmeda.

—Voy a regresar —le susurro, contándole lo que ya sabe.

Rose guarda silencio unos segundos y me preparo para lo que viene a continuación. Ella acaba por respirar hondo, se retuerce para salir de debajo de mi cuerpo y yo siseo cuando mi polla abandona de manera inesperada la calidez de su coño.

Ella se aleja y yo suspiro. Apoyo el antebrazo en la pared y dejo descansar la cabeza en él mientras cierro los ojos.

—No tengo elección —le digo a la nada.

—No, Danny, sí la tienes —contesta ella mientras su voz se va apagando a medida que se acerca al baño—. Pero has tomado la decisión equivocada. —Cierra de un portazo y me vengo abajo con un suspiro.

—Por el amor de Dios —murmuro. Me impulso para incorporarme con cierto esfuerzo. No solo estoy agotado en lo físico, sino también en lo mental. Me abrocho los pantalones y me vuelvo hacia la puerta cerrada—. Nena, de verdad que no la tengo.

La puerta se abre de golpe y ella aparece todavía en pelotas, pero con una expresión furiosa en la cara.

—No me hables de elecciones —grita—. Yo me pasé años sin tener tan siquiera la opción, así que conozco perfectamente la diferencia entre que te arrinconen o que te metas ahí tú solo. Y tú te has ido solito al puto rincón, Danny.

Lo cierto es que sabe lo que tiene que decir para sacarme de mis casillas.

—No vamos a hablar de eso.

—Hoy sí —sisea, apoyando los brazos a lado y lado del marco para ponerse cómoda. Su postura es amenazante—. Me pasé años sin tener elección. Me pegaban. Hacía lo que me decían o pagaba un precio.

—Rose... —le advierto con voz grave. Mis venas comienzan a arder. Sabe que me mata tener que oírlo.

—Me violaban.

Mis fosas nasales se expanden. Zorra mezquina.

—Para. —No hay nada que me ponga más de los nervios que un recordatorio rápido de la manera despreciable en que la trataron en el pasado. La maldad a la que tuvo que hacer frente. Nada.

—¿Tuviste elección cuando tu padrastro te hacía inclinarte y te metía la polla por el culo?

—¡Rose! —rujo, furibundo.

Ella levanta la barbilla sabiendo que con eso ya lo ha dicho todo.

—No me digas que no tenemos elección, Danny, porque hemos vivido un infierno juntos y por separado para luchar por ella.

—¿Quieres que me quede aquí sentado esperando a que vengan a matarme?

—¿Quién? —grita ella.

—¡Todo el puto mundo, Rose! Todos, joder. Si alguien sabe que estoy vivo, todos los cabrones que me querían muerto saldrán de la nada para asegurarse de que esta vez acabe bajo tierra de verdad. ¿Es eso lo que quieres?

Tiene la mandíbula desencajada, le tiembla el cuerpo.

—No dejaré que regreses. Te vas a meter en un campo de batalla.

—Pero voy a ganar esta maldita guerra —digo, y ella grita, la frustración brota con fuerza de su cuerpo.

Lo entiende. No quiere hacerlo, pero lo entiende. No puedo quedarme aquí sentado, sin hacer nada. Llevo tres años dicho-samente muerto, pero mi tiempo en el paraíso ha llegado a su fin. Jamás debería haber confiado en Spittle para que protegiera mi tapadera. Debería haber sabido que el muy idiota acabaría cagándola de un modo u otro. La codicia es una cualidad asquerosa. En cualquier caso, los peces gordos que se están haciendo con mi antigua ciudad no querrán arriesgarse a que yo

regrese y la reclame. El atentado contra la vida de Brad es la única prueba que necesito, por no mencionar la información de Kelly. Me guste o no, van a hacer que resucite.

Rose me mira con fijeza, no deja de temblar.

—Por favor —me suplica.

Me destroza ver a mi guerrera tan expuesta y desesperada, sabiendo que es por mi culpa.

Sacudo la cabeza, rechazándola.

—Nos vamos la semana que viene.

Doy media vuelta y me alejo para escapar del combate, pero también porque no soporto más la angustia de su rostro. Sujeto la manija de la puerta, dispuesto a ir en busca del consuelo de algunos vasos de whisky; la abro y me acojono vivo cuando algo se estrella contra la pared, a mi lado. El impacto es ensordecedor, la lluvia de cristales llega a todas partes.

—Pero por el puto amor de Dios, Rose... —murmuro.

Me vuelvo y me la encuentro jadeando, con la cara sonrojada. Bajo la vista hacia el cuenco de vidrio que pesa una tonelada..., bueno, que pesaba una puta tonelada. Un arma letal que mi esposa acaba de tirarme a la jodida cabeza.

Levanto la vista y noto la sangre a punto de hervirme.

—Me voy antes de que acabemos haciéndonos daño de verdad —le digo, retrocediendo para salir de la habitación, sin quitarle el ojo de encima; a saber lo que me podría tirar a la cabeza a continuación—. Cálmate de una puta vez y ven a hablar conmigo como la mujer razonable que sé que puedes ser.

Ella resopla, aparta la mirada, se lleva la mano a la frente y se la frota.

—Vera —llamo en voz alta, mirando aún a Rose. El ama de llaves sale de la nada y le echa un vistazo al vidrio del suelo—. Límpielo, por favor. —Aparto la mirada de mi esposa y me alejo para tomarme un momento y recuperar la calma. Mi Rose no es una mujer melodramática. No tiene rabieta por cualquier motivo y llevaba mucho, mucho tiempo sin pegarme en la cara.

No es ninguna tontería; en este momento tiene todo el derecho a odiarme.

Duele como mil demonios, pero lo comprendo.

Tengo que solucionar este marrón y esperar que, cuando llegue a su fin, mi matrimonio permanezca intacto.